



EL DÍA DEL ALIJO

Lola Pereira Varela*

Hacía tres días que la temperatura había ascendido gradualmente. Eran las siete de una mañana suspendida en el aire brumoso y a pesar de la hora, el sol acostaba cruelmente las veraneras de los jardines, mientras el pueblo, bajo un intenso sol hirviente, se cocía con aspecto vaporoso. Apenas había transcurrido la mitad de un verano agobiante y bochornoso, nada indicaba que el suceso de aquel día pasaría a formar parte de las leyendas futuras del lugar.

Mal País reposaba en la costa oeste del Pacífico, donde el transcurso del tiempo no era potestad del reloj ni del calendario, sino de las horas de sol y lo que su tiranía abrasadora permitía.

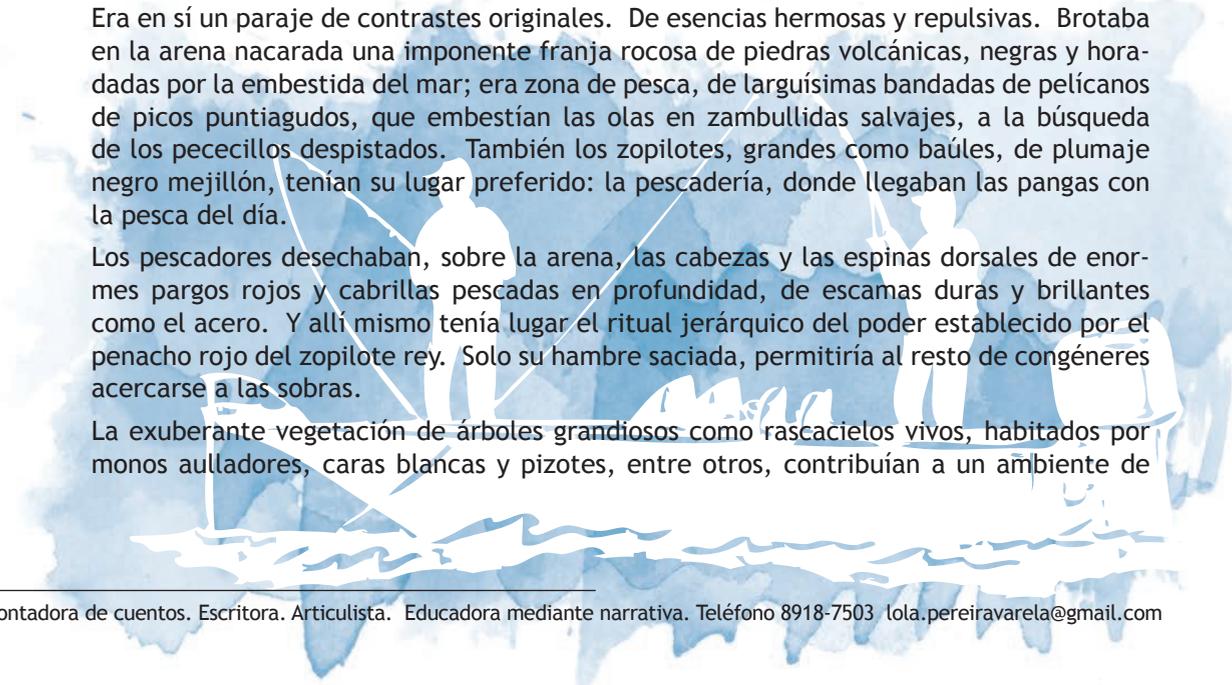
A las seis de la mañana, los surfistas marchaban somnolientos con la tabla bajo el brazo y los pies descalzos, sobre el camino polvoriento hasta la Playa del Carmen. Allí, contemplaban enteramente pasmados, la blancura espumosa recortarse contra el abismal azul del horizonte. Justo antes de entrar al vaivén de las olas, que acariciaban la arena blanquísima de una playa de cinco kilómetros de largo. Era su reino y su condena. La razón por la que trabajaban día tras día, once meses al año.

Al llegar por primera vez directamente desde el aeropuerto, cansados y hambrientos, se iban a la playa y allí, en un instante, el hambre, el desfase horario y el estrés acumulado en sus ciudades, desaparecía. Esta era la magia del lugar: atrapaba a los visitantes, surfistas o no.

Era en sí un paraje de contrastes originales. De esencias hermosas y repulsivas. Brotaba en la arena nacarada una imponente franja rocosa de piedras volcánicas, negras y horadadas por la embestida del mar; era zona de pesca, de larguísimas bandadas de pelícanos de picos puntiagudos, que embestían las olas en zambullidas salvajes, a la búsqueda de los pececillos despistados. También los zopilotes, grandes como baúles, de plumaje negro mejillón, tenían su lugar preferido: la pescadería, donde llegaban las pangas con la pesca del día.

Los pescadores desechaban, sobre la arena, las cabezas y las espinas dorsales de enormes pargos rojos y cabrillas pescadas en profundidad, de escamas duras y brillantes como el acero. Y allí mismo tenía lugar el ritual jerárquico del poder establecido por el penacho rojo del zopilote rey. Solo su hambre saciada, permitiría al resto de congéneres acercarse a las sobras.

La exuberante vegetación de árboles grandiosos como rascacielos vivos, habitados por monos aulladores, caras blancas y pizotes, entre otros, contribuían a un ambiente de



*Contadora de cuentos. Escritora. Articulista. Educadora mediante narrativa. Teléfono 8918-7503 lola.pereiravarela@gmail.com

promiscuidad salvaje, desconocida en el mundo de los foráneos, que los enganchaba. Eran muchos los que desconcertados decidían cambiar el rumbo de su vida. Y así se fue creando una heterogénea comunidad extranjera, de protagonistas interpretando su anhelada vida, sin más obligaciones que las impuestas por la propia supervivencia.

Era aquel un pueblo turístico, de pequeños negocios familiares, creados por la necesidad de cobijar y alimentar a los turistas, que iban llegando con mochila y tabla de surf, al principio, y después, a otros paseantes más quisquillosos. Algunos negocios tenían nombres de lo más fachendosos: *Sunset Reef*, *Tropicana*, *Say no More*, *Paraíso Tropical*, *Star Mountain*. Otros místicos, como *Milarepa*, *Luz de Vida*, *Eternity for you...* los menos eran autóctonos, como *La Carreta*, *Flor de Itabo* o *El Comal*. Hablaban por sí solos del mestizaje local generado.

Y si durante el día, la polvorienta carretera tenía un tráfico moderado de personas, caballos y vehículos a motor, sin orden de preferencias, alcanzaba su mayor afluencia durante la noche.

Los turistas, jóvenes en su mayoría, se transformaban como aves nocturnas, al mostrar sus rostros bronceados, en oposición a las sonrientes dentaduras nacaradas y el brillo sospechoso de sus ojos, en locales atestados, estruendosos y asfixiantes.

A la luz del día se apreciaban en los perfiles defectos de menor cuantía, pecas, cicatrices... que la noche tunante, con su elegante vestidura, enmascaraba, convirtiendo baratijas en auténticas joyas lujosas.

Sobre todo las chicas. Aparecían irreconocibles. Durante el día, sobre la tabla y bregando con las olas, no se distinguían apenas de los muchachos, tan mechudos como ellas, andróginos en los gestos y vestidos. Y al llegar la noche, todas parecían Cenicienta, brillando con luz propia y sin estigmas horarios.

Por las noches, todos se miraban buscando el reconocimiento en los ojos de los otros, para eliminar el temor de sentirse solos; para ser parte de algo y no los elegidos por los bandidos, que acechaban sus escasos dólares.

Aquella mañana, Macarena también miró al mar y vio un barco blanco, a medio camino entre la playa y la línea del horizonte. Demasiado grande para aquel atracadero de chinchorros. Serían pescadores gringos del pez vela. “De seguir con la pesca incontrolada, acabarían con la especie”, pensó y no sería la única variedad. Sacudió los colochos de su larga melena, rechazando cualquier pensamiento negativo.

A las nueve le tocaba yoga. Era lunes y quería comenzar la semana con un ejercicio positivo. ¡Qué descubrimiento para ella, a punto de cumplir los cincuenta! Aprender a respirar. Le pareció de idiotas la primera vez que lo oyó. Como si no hubiera respirado hasta ahora. Pero así era, nunca había respirado con la profundidad de ahora y el disfrute de la entrada del oxígeno en sus pulmones, era una intensa experiencia vital. Y la charla posterior también.

Hoy eran cuatro mujeres. Y comenzaron con los movimientos de estiramiento, un cosquilleo que les provocaba una sonrisa floja en las comisuras.

El ruido lejano de un motor aéreo turbó la tranquilidad del momento. Se cruzaron las miradas interrogantes con el azul intenso de Luzclara, la instructora eslovaca y con desdén por el estrépito, continuaron respirando. El ruido se intensificó en el discurrir del ejercicio. Estaba sobrevolando el pueblo, y en un cambio de postura, Macarena elevó sus ojos de andaluza hacia las aspas del helicóptero rojo y blanco, con un jadeo de letras rojas en el escote de su camiseta negra.

Nunca había visto uno tan cerca en movimiento. Un intenso ruido de tormenta se desbordó en sus oídos. Al rato, se oyó una nueva detonación. Sin modificar el gesto relajado y

sonriente en su cara pecosa, Luzclara justificó el estruendo, relacionándolo con el anuncio de las fiestas del pueblo vecino, mientras recogía su pelirroja melena en un moño despeinado, sin mover ni un pliegue de su vaporosa túnica blanca.

A Macarena le resultaba sorprendente, ya que los cohetes salían de la casa de al lado, vecinos nuevos en el pueblo y poco efusivos en sus manifestaciones. También pensó que eran cohetes de poca monta. Nada que ver con los de las fiestas de su pueblo. Más parecían tiros de barraca de feria.

La meditación, más larga de lo habitual, resultó muy relajante. Después de la primera parte tan ruidosa, al acabarse los cohetes, no se oía más que el sonido de las olas del mar batiendo con furia los peñascos. Ni siquiera los pájaros se oían y hasta los gatos, espectadores habituales, habían desaparecido. Ellas se despidieron, como flotando, sin ganas de irse, remoloneando en la brisa marina.

Al llegar al camino, este bullía de actividad. De golpe, la bajaron de la nube. “Los cohetes eran tiros”, le dijeron Alfredo y Cristina, excitados, con las tablas escurriendo chorrillos de espuma y haciendo burbujas en el suelo. Tiros auténticos disparados por la policía guardacostas.

Habían acorralado a la barcaza negra con el alijo, entre dos embarcaciones y el helicóptero. Y sus ocupantes, cuatro hombres morenos y una mujer macha y flaca, la encallaron en la playa, para salir disparados, descerrajando tiros a diestra y siniestra. Uno de los traficantes cayó herido en el jardín contiguo. El jefe de la banda de los colombianos, estaba en la playa, sentado bajo las palmeras y custodiado por un policía de fusil gigantesco y otros dos que hablaban sincopadamente por teléfono, a la espera de refuerzos. Todo el mundo contaba su versión del suceso, impresionado por la extraordinaria contundencia de la fuerza pública, en un pueblo que carecía de policía. Y Macarena se fue a la playa, para verlo de cerca.

El apresado, era un hombre como de cuarenta años, grandote y oscuro de piel y de gesto. Tenía el cráneo rasurado y arrugado en la nuca, las orejas puntiagudas y los ojos achinados. Respiraba pesadamente, con un resuello asmático, por una nariz encajada entre dos mofletes granulados y flácidos. Los gruesos labios, resecos y agrietados en las comisuras, marcaban un rictus de soberbia contenida.

Vestía pantalón y camiseta de manga larga negros, todo él rebozado con finísimo polvillo blanco. Era gordo por todos lados, parecía una croqueta gigante de más de cien kilos. Las manos enormes, de pulgares abultados, inmovilizadas por esposas en la espalda, enseñaban la raya divisoria de claroscuro entre la palma y el dorso. Eran cien kilos que infundían miedo, incertidumbre y su propia desesperación, presentida en el entorno.

El policía que lo apuntaba con el fusil AK 47 pegado a la mejilla, era más joven, y la mitad de corpulento que el traficante, pero tenía la sartén por el mango. Apenas se apreciaba su perfil como de cabra y un bigote finamente recortado. La visera negra, encajada, le tapaba los ojos y parte de la sobresaliente nariz. Los delgados labios, crispados, solo emitían órdenes secas y tajantes, dirigidas, indistintamente, al público congregado y al preso. El uniforme de bermuda y camiseta azul marino, bajo el chaleco antibalas plateado y las botas negras, de media caña, le daban un aspecto como de muñeco articulado, no humano.

Pero todos los espectadores coincidieron en que había sido el más valiente, que se había tirado de la lancha al agua sin pensarlo y que los había perseguido a la carrera, disparando sin tregua. Había herido a uno y atrapado al otro. Era unánime el comentario: “Si los otros dos policías hubieran hecho lo mismo, los hubieran agarrado a todos”. Se escaparon tres, entre ellos una mujer, atravesando el pueblo revólver en mano, espantando a los colegiales, que ese día iniciaban el nuevo curso, coincidiendo el suceso con la hora del recreo.

La camioneta de la ferretería “El Milenio”, cargada con material pesado de construcción acertó a pasar enfrente de la desierta heladería “El Frenesí Tropical” y los dos jóvenes ocupantes, se quedaron fríos, al ver asomar el cañón del revólver por la ventana: eran los bandidos, que huían desesperadamente, con la macha al mando.

Igual que en las películas, les ordenaron que los alejaran del lugar, pero el conductor, Brayner Matalobos, un rubito flacucho y descolorido, de ojos saltones como bombillas, a pesar de la tembladera y el pánico, les hizo ver la inutilidad de su empeño. La destartada camioneta, atiborrada de cemento y varilla, no superaba los veinte kilómetros por hora, en la subida de la empinadísima cuesta de la única salida del pueblo.

Calibraron las consecuencias y como balas continuaron buscando el modo de huir, camuflándose entre la cómplice y espesa vegetación, que ocultaba las casas. Mientras, en la playa se amontonaban más y más turistas, más y más policías, más y más burros, más y más perros de razas indefinidas...

La barcaza negra, de unos quince metros de eslora y cuatro motores Yamaha D600, no daba la impresión de albergar espacio para más de mil kilos de cocaína y cinco individuos, en su bañera. Para remolcarla al puerto más próximo, Puntarenas, los guardacostas decidieron agujerear el casco por la parte superior de la proa, a ambos lados y pasar por allí una gruesa maroma de nylon. Buscaron un escoplo y un martillo y golpearon hasta que lo consiguieron.

Un gordo seboso, de pelo amarillo en cresta, era el que desarrollaba más actividad, como si dirigiese la operación. Mostraba arbitrariamente el torso desnudo y sus posaderas en el tatuaje grotesco de una serpiente astada, de picudos colmillos abrazando a una voluptuosa mujer y oscilando desafiante entre los glúteos. Vestía un pantalón leonado, de camuflaje, con la cintura en la ingle, descubriendo a media pantorrilla unas piernas pecosas y velludas. Era Wady, el burro reconocido oficiosamente por todo el pueblo. Se agarraba a las herramientas y las golpeaba contra el casco con toda el alma. Nunca tal actividad se le conoció, en sus casi cuarenta años de vida ecléctica. Sudaba a chorros, con la cara embotada, el abdomen inflado y los ojos vidriosos.

A las cuatro de la tarde, el pueblo se había llenado de coches de policía, televisión, burros y otras especies sin registrar. La playa se fue vaciando de mar y conchas, para aprovechar el tiempo y cubriéndose de gente para ver la salida de tres forajidos, custodiados por los policías en una balsa neumática, hasta el barco guardacostas. Habían cazado a uno más. La macha y otro seguían fugados.

La falta de experiencia de los policías en técnicas navales, enfrentó a las olas furiosas por la ventolera y volcó la frágil embarcación, dejando a los esposados a merced del agua. En la playa se oyó el clamor de un “ooohhh”, unido en algunos casos al de “ojalá”. Fueron pescados, con algunos tragos de agua salada, pero sin consecuencias mayores, por los propios custodios.

Un comando de varios policías hizo noche en el pueblo, en el intento de detener a los fugitivos. De las embarcaciones guardacostas, una se quedó fondeada a poca distancia de la costa y esa fue una noche de sonámbulos. Algunos vecinos, en las casas más apartadas, con el temor de la aparición de los proscritos. Otros a la búsqueda de la droga, con intereses comerciales.

Y como los huidos no aparecían, entre todos los que los vieron, hicieron dos “retratos hablados”. Pero casi nadie se ponía de acuerdo en los físicos de los delincuentes. *“Ella era una flaca macha, con un gran lunar en la cara y una boca como una raya curvada hacia abajo” decía Chepe*”.

“Deje de ventear el hocico¹, usted no reconocería a su madre a diez metros. Era de

1. Decir tonterías

color cafecito claro, con un antojo en forma de ñampí en el cachete derecho. La boca no sé cómo era, pues me quedé agarrado de los ojos tan afierados que tenía, apenas una raya echando chispas". Era la opinión de Raúl "Calabazo", emocionado con el recuerdo, entornando los ojos, enrojecidos de la tomadera, con una sonrisa desdentada, leñosa y arrugada.

"Pero que viejos más malcriados, solo vuelan pico ²para criticar" dijo Hellen mascando chicle, libertina y disipada. "Era una mujerota más grande que ustedes. Les hubiera volado plomo y no andarían ahorita con estas babosadas...

"¡¡Abréviense!! Que el día se acaba", majaderos, bramó bajo el mostacho el policía, cansado por la habladera y sin acabar los retratos. Después de muchas controversias, para no cansar más con el cuento, el policía agotado descartó los clisés.

Todos hacían bromas al respecto de la droga, que supuestamente flotaba mar adentro, por el escamoteo precipitado en la fuga. Que si en los próximos días alguien arreglaba su casa ó cambiaba de coche, ya se sabía quién la había encontrado. Que si alguno viajaba con la familia, era un signo delator. E infinidad de supuestos, imposibles de imaginar hasta ese momento. A nadie se le ocurrió pensar que alguno de sus hijos pudiera consumirla. Siempre son los otros o los hijos de los otros, nunca los propios.

Brayner Matalobos había sido el alumno más avanzado de su curso, estudioso y responsable. Era el mayor de cuatro hermanos, huérfanos de padre al nacimiento del cuarto, teniendo el mayor diez. Todos se parecían, como una gota de agua a otra. Flacos, paliduchos y con los ojos redondos y espantados, como si acabaran de presenciar una explosión. Al cumplir diez años, Brayner tuvo que ponerse a trabajar, para mantener a su familia. Eran tiempos duros y se despidió del atribulado maestro, con lágrimas brillantes resbalando de sus ojos de bombilla.

Habían pasado nueve años en un soplo, mientras veía como crecían sus hermanos y se envejecía su madre, sin cumplir los cuarenta. Era una mujer menuda, de huesos de pajarrillo y salud frágil, pero con una determinación de buey: si decidía tomar un camino, ninguna fuerza en el mundo la desviaría de él. Lástima, que sólo el mayor había heredado su carácter, resuelto y cumplidor, pues los otros hijos vagabundeaban indolentemente, por el desteñido corredor, mientras ella almidonaba durante horas, con plancha de hierro, las blanquísimas camisas de los empleados de un hotel del pueblo.

Durante más de cinco años, Brayner trabajó doce horas diarias y al llegar por las noches al ranchito, se desparramaba en la hamaca, hambriento y exhausto.

Con casi veinte, era el conductor encargado del reparto de materiales pesados de la ferretería "El Milenio". Aquel caluroso miércoles, de principios de febrero, pudo cambiarle la vida, pero su sensatez proverbial prevaleció sobre todo lo demás.

"Sí, sí, señor policía, lo que usted diga, yo se lo repito todas las veces que quiera, pero no cambiará, las cosas fueron así como le digo". Mientras miraba con los ojos pelados a la cara del policía, jugaba nerviosamente con un llavero herrumbrado y dos llaves hexagonales, una mayor que otra. "Nosotros, Elmer y yo, veníamos dando la curva para ir a descargar a Santa Teresa y frenamos al sentir la balacera, al pasar delante de la heladería *El Frenesí Tropical*. Y al tiro, vemos a los cinco confisgados, que se nos abalanzan por las ventanillas de la camioneta, con los revólveres por delante, diciendo que los llevemos para fuera del pueblo. Ella fue la que nos habló primero y se miraba que era la jefa. El otro era gordo, vestía de negro y caminaba descalzo. Gritaba a los otros algo que no entendimos ¿eh Elmer?"

El aludido, un morochito de pelo crespo e inmensa boca colgándole de la cara descarnada, como hambrienta, asentía con la cabeza y los ojos pestañeando, pero sin decir

2. Hablar.

palabra. “Y yo le dije amusgado pero calmadamente: vea señor, no es que yo no los quiera llevar, no lo tome usted a mal, pero esta camioneta es de nuestro patrón, que nos espera ahí nomasito, con una cuadrilla de peones para descargar. Si nos ve que no nos detenemos, avisarán al puesto de policía del próximo pueblo. Y para piores, esta camioneta así, cargada de cemento y bloque, no alcanza ni veinte kilómetros por hora en la cuesta. El jefe gritó que buscaran otro carro y entonces yo volví a respirar. Pero uno de ellos, peloncillo y que se vio al caerle la gorra, se resistía a dejarnos ir.” Martina ¿Qué hacemos?, le gritó a la jefa, “no sea pendejo y corra, ese carro está ruinoso”, le gritó ella. Y así fue, que estamos vivos de puritita suerte ¿no?”

Hubo sin embargo un muerto que no estaba previsto: El Matraca, conocido toxicómano inofensivo y retirado a sus asuntos de alquiler de cabinas en la playa de Santa Teresa. Una dosis generosa, unida al susto de la presencia policial en el pueblo, le provocó un infarto del que no se pudo recuperar a sus treinta y tres fatigados años, dejando en el vecindario afín como una neurosis de guerra sorda.

En el sepelio, al día siguiente, los cariacontecidos vecinos se quejaban, dentro y fuera del cementerio, de la escasa repercusión de la noticia, del tratamiento que le dieron, achicándola, quitándole la importancia que tenía para sus protagonistas, con todo y muerto.

De fraude fue la sensación general de los malpaisinos, como si les usurparan el protagonismo y anularan la legitimidad del suceso y lo que significó para ellos. Se sentían estafados por la televisión y los periódicos.

Por eso escribí la historia, para que la verdad reluzca y restituya a cada uno lo suyo.

